

A LOS LECTORES

Tito Narosky

Del maestro que no se ha ido

Frente a los obstáculos, dificultades y críticas que condicionan la labor del dirigente, sobre todo en una entidad como la nuestra —que no ofrece viajes ni compensaciones de parecido orden—, uno podría preguntarse qué motiva la existencia de un grupo de luchadores, reunidos en derredor de lo que se denomina la Comisión Directiva. No debe ser la discusión de minúsculos pero interminables problemas administrativos, ni la dudosa satisfacción de analizar las necesidades de los allegados, a los que mágicamente debiéramos resolverles los problemas; no puede ser tampoco la convocatoria a esas asambleas anuales cuyos resortes legales obligan a un desgaste de varios meses. No es lógico que atraiga a un núcleo pequeño de ornitófilos —que dejan noches de descanso o de tarea personal—, la sola idea de resolver aspiraciones de sus colegas, manteniendo una sede permanentemente abierta, con gente dispuesta a dar una mano, con la entrega periódica de publicaciones, comunicaciones y revistas de nivel internacional.

No parece coherente que este grupo humano se satisfaga con gestiones ante el Estado o particulares para la obtención de fondos —que pocas veces se consiguen—, con el fin de resolver los acuciantes problemas económicos que la modesta contribución de los amigos asociados no alcanza a cubrir. Deben existir otras razones, satisfacciones legítimas, que posibiliten la subsistencia de esa "raza", tal vez en vías de extinción; la de los dirigentes de entidades de bien público. Muchas veces me hice esta misma pregunta. ¿Es sólo el sentimiento del deber? ¿Es nada más que el ideal llevado paciente y constantemente a la acción? ¿Es exclusivamente por las aves?

Un suceso acaecido en las últimas semanas vino a dar respuesta, al menos parcial, a los interrogantes. Por un período, aún no concluido, quienes nos sentimos dirigentes de esta institución descubrimos un tipo de placer quizá desconocido para los demás. Es una mezcla de reconocimiento a la labor desplegada, al camino elegido, a los años de constante

esfuerzo, al prestigio de la entidad que conducimos; en síntesis: a nuestro trabajo. La biblioteca que perteneció al doctor Cläes Christian Olrog, a quien hemos llamado "el maestro", ha sido donada por su familia, e irá a engrosar y calificar la nuestra. Como ya aconteció en el pasado con las del doctor Jorge Casares y la del tempranamente desaparecido William Partridge, la colección de libros de nuestro consocio y amigo Olrog será parte del núcleo de una de las formaciones bibliotecológicas especializadas más importantes del mundo de habla hispana. No para lustre de nuestro patrimonio cultural, ni mucho menos para incrementar los bienes materiales de una entidad que no los atesora con pasión de avaro, sino para que el ornitólogo sueco-argentino siga dictando, ahora a través de sus libros, esa cátedra de humildad y sapiencia que caracteriza a los sabios de verdad. La pléyade de jóvenes que busca en nuestra biblioteca saciar la sed de conocimiento, hojeará los volúmenes en castellano, inglés, alemán o sueco y junto a la respuesta certera o dubitativa, leerá "Cläes Chr. Olrog". Una vez más, el maestro demuestra que sigue al lado de sus discípulos.

El gesto de la familia hace honor al apellido y puede servirle de modelo a aquellos que, algún día, quieran dar destino adecuado a su material didáctico: manuscritos, libros, colecciones. La AOP, en su fructífera tratativa, ofreció a la familia del donante una compensación económica, dignamente rechazada. Se convino entonces en destinar ese monto a incrementar el de la beca Olrog, instaurada para alentar vocaciones juveniles. Así, desde diversos ángulos, el profesor sigue enseñando, y nosotros, dirigentes de la AOP, sentimos una indefinible sensación de bienestar, y en parte podemos responder a las preguntas iniciales. Si bien en la gestión aparecen fracasos y sinsabores, también existen comportamientos que enaltecen al ser humano y tal vez expliquen porqué, aún hoy, en tiempos de crudísimo materialismo, existe un grupo no despreciable de personas dispuestas a entregarse a la causa en la que creen ■